

TEOLOGÍA Y SANTIDAD. REFLEXIONES SOBRE LA RAZÓN DE SER DEL TEÓLOGO A LA LUZ DEL MAGISTERIO DE S.S. EL PAPA JUAN PABLO II

adata, citation and similar papers at core.ac.uk

JOSÉ RICO

Resumen: La vocación eclesial del teólogo al servicio de la evangelización y la teología vivida de los santos son temáticas presentes de forma ininterrumpida en el magisterio de Juan Pablo II desde el inicio de su Pontificado. El presente artículo pretende reflexionar sobre la identidad propia del teólogo en la Iglesia, tomando como guía las intervenciones más destacadas del Santo Padre a este propósito.

Palabras clave: Teología, Santidad, Magisterio, Papa.

Abstract: The ecclesial vocation of the theologian as a service of evangelisation and as the lived theology of the saints are themes that have been constantly present in the teaching of John Paul II since the start of his Pontificate. This article intends to reflect on the identity of the theologian within the Church, taking as its guide the most prominent interventions of the Holy Father in this area.

Keywords: Theology, Sanctity, Magisterium, Pope.

La celebración del XXV Aniversario del Pontificado de Juan Pablo II nos ha ofrecido en los últimos meses la oportunidad de elevar nuestra acción de gracias a Dios por la persona y la obra del Santo Padre. Esta celebración recoge, en cierto modo, el impulso dado a toda la Iglesia al inicio del Nuevo Milenio, tras la celebración del Año Jubilar, permitiéndonos mirar brevemente hacia atrás para saber dónde estamos y renovar nuestro deseo de afrontar el futuro bajo la guía segura del Vicario de Cristo en la tierra.

Con la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (6.I.2001), el Papa ha invitado al Pueblo de Dios, después de la experiencia jubilar, *a caminar desde Cristo* (cfr. NMI Parte III), prolongando esta invitación con la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16.X.2002), para «exhortar a la contemplación del

rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre» (RVM 3). «Contemplar el rostro de Cristo con María», tal es la tarea encomendada por el Santo Padre a toda la Iglesia en este comienzo de siglo. Tarea que ha sido concretada para la Iglesia en Europa en la proclamación, celebración y servicio al evangelio de la esperanza, que es Cristo mismo en su Iglesia¹.

La orientación que estos documentos pretenden ofrecer a todo el pueblo fiel se dirige también, de modo singular, a los teólogos. A ellos, en efecto, ha dirigido el Papa palabras específicas de exhortación tanto en *Novo Millennio Ineunte* como en *Ecclesia in Europa*. En la primera, el Santo Padre nos ha propuesto la ayuda eficaz que se puede encontrar «en aquel patrimonio que es la *teología vivida de los Santos*» (NMI 27). En la segunda, ha subrayado el papel importante de la teología, señalando la conexión intrínseca e inseparable que existe entre la evangelización y la reflexión teológica, y ha recordado con gratitud la vocación de los teólogos, invitándoles «a perseverar en el servicio que prestan, uniendo siempre investigación científica y oración, poniéndose en diálogo atento con la cultura contemporánea, adhiriendo fielmente al Magisterio y colaborando con él en espíritu de comunión en la verdad y la caridad, respirando el *sensus fidei* del Pueblo de Dios y contribuyendo a alimentarlo» (EE 52).

Teología de los santos y vocación del teólogo al servicio de la evangelización: dos menciones recientes a una temática que no ha faltado en los veinticinco años de Pontificado de Juan Pablo II, y que podría ser formulada genéricamente como «teología y santidad». Se trata de una temática que nos permite reflexionar sobre nuestra propia identidad y que ha sido desarrollada ampliamente a lo largo de su dilatado magisterio pontificio.

Con la presente reflexión pretendo proponer de nuevo esta temática intentando articular sus contenidos de forma ordenada. Para ello tomo como punto de partida y como guía las *Homilias* que el Santo Padre ha pronunciado año tras año, desde 1979, en la celebración eucarística con la que se inauguraba de forma solemne el Año académico en las diferentes Universidades, Facultades y Ateneos eclesiásticos romanos. A partir de esos textos, escritos para ser escuchados, haré referencia a otros documentos del dilatado y rico patrimonio magisterial de Juan Pablo II. Las palabras antes mencionadas del Santo Padre en *Ecclesia in Europa* sobre la importancia de la teología y la vocación de los teólogos me permiten organizar mi exposición en torno a cuatro puntos, especialmente presentes en la enseñanza del Papa: i) la naturaleza de la teología; ii)

1. Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. Postsinodal *Ecclesia in Europa* (= EE, 28.VI.2003).

su relación con otras ciencias; iii) teología y vida espiritual; y, iv) teología y edificación de la Iglesia².

1. NATURALEZA DE LA TEOLOGÍA

Que el Papa ha hablado en repetidísimas ocasiones de la vocación teológica y del servicio eclesial de la teología, es un dato que no necesita ser probado. Ahora bien, ¿qué entiende el Papa cuando habla de «teología»? Sorprende observar cómo uno de los argumentos más frecuentemente tratados por el Sumo Pontífice en sus contactos con los Centros Académicos Teológicos es el de la verdadera naturaleza de la teología y sus notas características fundamentales.

A. «Reflexión sapiencial sobre la fe»

Siguiendo la riquísima Tradición de la Iglesia, el Santo Padre entiende y define la Teología por su relación con la Palabra de Dios y con la fe. En la Encíclica *Fides et Ratio* (= FR, 14.IX.1998), al exponer la mutua relación que existe entre filosofía y teología, define la teología como «elaboración refleja y científica de la Palabra de Dios a la luz de la fe» (FR 64).

La teología, para ser auténtica, debe entenderse ante todo como profundización progresiva de la Revelación, y, por tanto, debe hacer referencia continuamente a ella. «La teología —afirma el Papa— deberá continuamente referirse a la Revelación en su conjunto, procurando orientarse, según las líneas de fondo, que la han guiado en su desarrollo hasta su cumplimiento y plenitud, que es Cristo»³. Éste es el terreno que el teólogo está llamado a trabajar con todo su empeño. Así lo recordaba a los que se entregan al estudio teológico: «Éste es el fruto que estáis llamados a dar mediante la fatiga cotidiana del estudio: el conocimiento cada vez más profundo del *misterio oculto por los siglos eternos, pero ahora manifestado a través de las Escrituras proféticas conforme al designio del Dios eterno* (Rom 16, 25-26). ¿No está en esto la tarea de la teología? La teología es, en efecto, un proceso cognoscitivo mediante el cual la mente humana, iluminada por la fe y estimulada por el amor, avanza en los inmensos territorios que la Revelación divina le ha abierto por delante»⁴.

2. Cfr. J. SARAIVA MARTINS, «Introduzione» a *Giovanni Paolo II e gli Atenei Pontifici Romani. Discorsi e omelie*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1994.

3. JUAN PABLO II, *Homilía* (23.X.1981) 3.

4. *Ibid.*, 2.

El manantial del que brota el quehacer teológico no puede ser otro que la Palabra de Dios, Palabra «viva y eficaz» (Heb 4, 12), que vivifica a los que se acercan a Ella para estudiarla, haciendo de su dedicación una tarea «segura y abundante, abierta y dinámica, fresca y pululante —como agua purísima de manantial— desde una reflexión incansable en torno a la Palabra de Dios»⁵.

El ejercicio de la teología presupone en el teólogo un pleno y total obsequio a la Palabra de Dios. Sin fe la teología se convierte en reflexión estéril. Así lo recordó en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis* (= PDV, 25.III.1992), subrayando la importancia de la teología en la formación de los futuros sacerdotes: «La formación intelectual del futuro sacerdote se basa y se construye sobre todo en el estudio de la sagrada doctrina y de la teología. El valor y la autenticidad de la formación teológica dependen del respeto escrupuloso de la naturaleza propia de la teología, que los Padres sinodales han resumido así: «la verdadera teología proviene de la fe y trata de conducir a la fe»⁶. Ésta es la concepción que constantemente ha enseñado la Iglesia católica mediante su Magisterio. Ésta es también la línea seguida por los grandes teólogos, que enriquecieron el pensamiento de la Iglesia católica a través de los siglos. Santo Tomás es muy explícito cuando afirma que la fe es como el habitus de la teología, o sea, su principio operativo permanente⁷, y que «toda la teología está ordenada a alimentar la fe»⁸ (PDV 53). Volveremos más adelante sobre la necesidad de la fe en teología, al abordar su relación con la vida espiritual.

Así, puestos a buscar una definición concisa y precisa de la teología en la enseñanza de Juan Pablo II podemos retener dos: «ciencia de la fe»⁹ y «reflexión sapiencial sobre la fe»¹⁰. El inseparable vínculo entre teología y fe determina también que la ciencia teológica se organice según un doble principio metodológico: «el *auditus fidei* y el *intellectus fidei*. Con el primero, asume los contenidos de la Revelación tal y como han sido explicitados progresivamente en la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio vivo de la Iglesia. Con el segundo, la teología quiere responder a las exigencias propias del pensamiento mediante la reflexión especulativa» (FR 65).

5. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Lateranense* (16.II.1980), 3.

6. *Propositio* 26.

7. «Fides, quae est quasi habitus theologiae»: *In Lib. Boetii de Trinitate* V, 4, ad 8.

8. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In I Sent.*, q. 1, a. 2.

9. «La teología se organiza como ciencia de la fe»: FR 65.

10. JUAN PABLO II, *Homilla* (15.X.1999), 3.

B. *Notas características*

Entendiendo así la teología, es coherente que le acompañen una serie de notas características. Juan Pablo II las ha ido destacando en repetidas ocasiones, como dibujando detalles en un paisaje rico de matices.

En primer lugar, el Papa ha subrayado el *carácter cristocéntrico* del quehacer teológico. En rigor es éste uno de los rasgos característicos de todo el magisterio del Pontífice¹¹, que aflora necesariamente al hablar de la teología. Ya en su primera Encíclica, *Redemptor hominis* (= Rh, 4.III.1979) —de la que hoy celebramos su veinticinco aniversario—, dedicó profundas reflexiones sobre la naturaleza de la teología al recordar la responsabilidad de la Iglesia ante la Verdad. El amor y la aspiración a comprender la verdad han de ir juntas, como demuestra la vida de los santos. «Ellos —afirma el Papa— estaban iluminados por la auténtica luz que aclara la verdad divina, porque se aproximaban a esta verdad con veneración y amor: amor sobre todo a Cristo, Verbo viviente de la verdad divina y, luego, amor a su expresión humana en el Evangelio, en la tradición y en la teología. También hoy son necesarias, ante todo, esta comprensión y esta interpretación de la Palabra divina; es necesaria esta teología» (Rh 19).

Y es que una reflexión teológica sobre la Revelación no puede no tener una dimensión esencialmente cristológica, pues es en Cristo donde alcanza su plenitud. Ya en la Constitución Apostólica *Sapientia christiana* (= SChr, 15.IV.1979), al hablar de los estudios teológicos, el Papa había hablado de la centralidad de Cristo en la teología: «Las diferentes disciplinas teológicas debe enseñarse de tal manera que, de las razones internas del objeto propio de cada una y en conexión con las otras disciplinas, tanto las filosóficas como las ciencias antropológicas, resulte bien clara la unidad de toda la enseñanza teológica, y todas las disciplinas converjan hacia el conocimiento del misterio de Cristo, para que así sea anunciado con mayor eficacia al Pueblo de Dios y a todas las gentes»¹².

La centralidad de Cristo en el estudio y en la enseñanza de la teología es subrayada repetidas veces por el Papa en los encuentros con los diferentes Centros de Estudios Teológicos. En realidad, no puede ser de otra forma: «centro del cosmos y de la historia» (Rh 1), Cristo, muerto y resucitado, no puede no ser también el centro de toda auténtica reflexión teológica.

11. Cfr. D. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Cristocentrismo de Juan Pablo II*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2003.

12. Const. Apost. *Sapientia christiana*, II P, I a. 67, 2.

En este contexto cristológico, resplandece también para la teología la figura de la Santísima Virgen María. La historia del desarrollo del dogma muestra que Ella ha ocupado siempre un puesto de notable relevancia en la reflexión de la Iglesia¹³. Y es que María reúne en sí y, en cierto modo, en Ella reverberan los principales misterios de la fe. Por eso, la exhortación hecha por el Papa a todos los fieles para que contemplemos «el rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre» (RVM 3) comporta para el teólogo una singular responsabilidad.

Una segunda nota del quehacer teológico notada por el Papa es su *carácter eclesial*. «La teología —afirma el Papa— es una ciencia eclesial que crece en la Iglesia, habla de la Iglesia, se desarrolla a la luz del Magisterio de la Iglesia»¹⁴. Y también: «la teología es ciencia eclesial, porque crece en la Iglesia y actúa en la Iglesia; no es por eso nunca una empresa privada de un especialista, aislado en una especie de torre de marfil. La teología está al servicio de la Iglesia y debe, por tanto, sentirse dinámicamente inserta en la misión de la Iglesia, particularmente en su misión profética»¹⁵.

La eclesialidad de la teología comporta una absoluta fidelidad al Magisterio vivo de los legítimos Pastores, empezando por el Sucesor de Pedro. Así lo recordaba también en la Constitución *Sapientia christiana*: «(en el estudio y en la enseñanza de la ciencia teológica) debe siempre destacar la fidelidad al Magisterio de la Iglesia. En el cumplimiento del oficio de enseñar, especialmente en el ciclo institucional, se deben impartir sobre todo las enseñanzas que se refieren al patrimonio adquirido de la Iglesia. Las opiniones probables y personales, que derivan de las nuevas investigaciones, se han de proponer modestamente como tales».

La fidelidad al Magisterio no se entiende en sentido genérico, sino concreto; no en sentido reductivo —como si la tarea del teólogo consistiese simplemente en repetir lo que afirma el Magisterio—, sino en sentido pleno y total. El mismo Papa explica qué significa esta fidelidad: «significa poner la Palabra de Dios que la Iglesia “escucha religiosamente” (DV 1), en el origen mismo del proceso teológico y referir a Ella cada una de las adquisiciones y conclusiones a las que se llega; implica confrontarse atentamente con lo que la Iglesia vive y profesa»¹⁶.

13. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a la Facultad teológica «Marianum»* (10.XII.1988).

14. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Urbaniana* (19.X.1980), 2.

15. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Gregoriana* (15.XII.1979), 6.

16. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Lateranense* (16.II.1980), 4.

El carácter esencialmente eclesial de la teología presupone entonces en quien la ejercita un profundo *sensus Ecclesiae*, un profundo, grande y sincero amor a la Iglesia. Sin este amor el trabajo del teólogo no podrá nunca producir, para el Pueblo de Dios, todos esos frutos que se deberían esperar de él.

Con estas palabras se dirigía el Papa a los profesores y alumnos de la Pontificia Universidad Urbaniana: «El amor a la Iglesia —Cuerpo místico de Cristo, Esposa de Cristo, Pueblo de Dios, Edificio de Dios— debe estar siempre profundamente enraizado en vuestro corazón. Volvamos a escuchar y a meditar las admirables y conmovedoras palabras del gran obispo y mártir de Cartago, San Cipriano: “Habere non potest Deum patrem qui Ecclesiam non habet matrem”; y, hablando de la unidad de la Iglesia, añade: “hanc unitatem qui non tenet, non tenet Dei legem, non tenet Patris et Filii fidem, vitam non tenet et salutem”»¹⁷. El teólogo no deberá nunca olvidar que la teología no se hace sólo con la mente, sino también con el corazón, conformado al de Cristo en el seno de la Iglesia.

Una tercera propiedad fundamental de la teología es su *dimensión pastoral*. Esta dimensión deriva directamente de su carácter eclesial. Muy recientemente lo ha recordado el Papa en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa*: «hay una conexión intrínseca e inseparable entre la evangelización y la reflexión teológica, ya que esta última, como ciencia con reglas y metodología propias, vive de la fe de la Iglesia y está al servicio de su misión¹⁸. Nace de la fe y está llamada a interpretarla, conservando su vinculación irrenunciable con la comunidad cristiana en todas sus articulaciones; al estar al servicio del crecimiento espiritual de todos los fieles¹⁹, los encamina hacia la comprensión más profunda del mensaje de Cristo» (EE 52).

«Dimensión pastoral» no significa confusión entre predicación y quehacer teológico. Así lo afirma Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis*: «el carácter pastoral de la teología no significa que ésta sea menos doctrinal o incluso que esté privada de su carácter científico; por el contrario, significa que prepara a los futuros sacerdotes para anunciar el mensaje evangélico a través de los medios culturales de su tiempo y a plantear la acción pastoral según una auténtica visión teológica» (PDV 55). El estudio riguroso y científico es imprescindible para que no pierda la teología su dimensión pastoral. De la misma forma que la sen-

17. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Urbaniana* (19.X.1980), 2; SAN CIPRIANO, *De Catholicae Ecclesiae unitate*, 6 (CSEL 3, 1, 214).

18. Cfr. *Propositio*, 24.

19. Cfr. *Propositio*, 8, 1c.

sibilidad en la aplicación pastoral del quehacer teológico, dará a la teología su verdadera proyección eclesial²⁰.

Una cuarta nota de la Teología, destacada por el Santo Padre, es su *apertura a los grandes problemas de la Iglesia y de la humanidad de hoy*. Lo afirma expresamente el Papa cuando dice que el fin de las Facultades de Teología no es sólo profundizar y tratar sistemáticamente, según el método científico que le es propio, los misterios de la fe, sino también «buscar cuidadosamente las soluciones a los problemas humanos a la luz de la misma Revelación» (SChr II P, a. 66).

Con estas palabras se dirigía Juan Pablo II a los profesores y alumnos de teología a los pocos meses de iniciar su pontificado: «Tenemos necesidad de hombres que tengan un profundo conocimiento de los problemas del hombre y del mundo, pero este conocimiento no se pondrá al nivel puramente humano y profano: deberá basarse, sobre todo, en la ciencia de la fe, que significa comunión y coloquio con el Verbo mismo de Dios, el Maestro que enseña y dicta *ab intus*»²¹.

La teología no cumplirá su misión si se cierra en sí misma y no es sensible a los múltiples problemas que afligen al hombre moderno. La reflexión teológica está llamada a dar su contribución cualificada y específica a la solución de esos problemas, esforzándose para que sean resueltos a la luz de la Palabra liberadora y salvadora de Dios.

2. LA TEOLOGÍA Y LAS OTRAS CIENCIAS

En la enseñanza del Santo Padre la teología no aparece nunca como una disciplina aislada, al margen de las otras ciencias. La teología, en efecto, tiene necesidad de otras disciplinas para cumplir su misión de profundizar cada vez más en las inefables riquezas del plan divino de salvación, tal como éste se ha revelado en la historia del hombre y en la grandeza del universo.

En este sentido, el Papa habla de «necesario diálogo entre las diferentes disciplinas y las diferentes estructuras universitarias que contribuya a iluminar correctamente los contenidos de la fe con las aportaciones de las ciencias hu-

20. «La dimensión pastoral debe estar constantemente ante los ojos de cuantos forman parte de la Universidad y debe orientar eficazmente su empeño. Cuando Cristo dice: *brille así vuestra luz ante los hombres* (Mt 5,16), otorga una responsabilidad particular tanto a los discípulos como a los que enseñan: la responsabilidad de actuar por la gloria del Padre»: JUAN PABLO II, *Homilía* (21.X.1980), 2.

21. JUAN PABLO II, *Discurso a los Institutos Superiores Romanos* (4.IV.1979), 3.

manísticas y de las ciencias del hombre, dando a éstas al mismo tiempo la posibilidad de ejercitar una atención constante, profunda y no casual, a los interrogantes y a los resultados de las ciencias teológicas»²².

En el diálogo con las otras ciencias, la teología no puede olvidar que no todos los planteamientos filosóficos o científicos pueden ser sus aliados. «Existen —afirma el Papa— corrientes de pensamiento que, o por sus planteamientos de fondo o por las orientaciones recibidas de sus autores, no ofrecen los requisitos necesarios para entrar útilmente en colaboración con la investigación teológica. Será indispensable, en ese caso, dar pruebas de lúcido sentido crítico al valorar las contribuciones ofrecidas por un sistema u otro filosófico o científico, y acoger lo que pueda aprovechar para el progreso del conocimiento teológico, rechazando lo que se oponga a ese progreso. Vale también aquí el precepto de San Pablo: *omnia probate, quod bonum est tenete* (1 Tes 5,21)»²³.

Este discernimiento o capacidad para valorar los diferentes sistemas filosóficos o científicos presupone, en quien hace teología, una sólida formación doctrinal, una familiaridad real con el método y los instrumentos propios de la *scientia fidei* y una clara visión de la naturaleza y de la misión del quehacer teológico. Sin todo esto, el teólogo puede ceder fácilmente a la tentación de asumir de forma acrítica como aliados planteamientos que en realidad minan los fundamentos de la fe. El diálogo con las otras ciencias debe, además, realizarse siendo conscientes de la contribución que la teología puede y debe ofrecer a otras disciplinas.

Una reflexión particular ha merecido en el magisterio de Juan Pablo II la relación entre la filosofía y la teología. En la ya citada Encíclica *Fides et Ratio*, el capítulo VI ha sido dedicado expresamente a este tema. La Encíclica se presenta como palabra iluminadora ante un panorama filosófico como el actual ciertamente oscuro. Despojada la razón de su propia dignidad y capacidad, la fe viene en su ayuda. Con fuerza proclama el Papa: «me ha parecido urgente poner de relieve con esta Encíclica el gran interés que la Iglesia tiene por la filosofía; más aún, el vínculo íntimo que une el trabajo teológico con la búsqueda filosófica de la verdad. De aquí deriva el deber que tiene el Magisterio de discernir y estimular un pensamiento filosófico que no sea discordante con la fe. Mi objetivo es proponer algunos principios y puntos de referencia que considero necesarios para instaurar una relación armoniosa y eficaz entre la teología y la filosofía. A su luz será posible discernir con mayor claridad la relación

22. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Salesiana* (31.I.1981), 6.

23. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Gregoriana* (15.XII.1979), 5.

que la teología debe establecer con los diversos sistemas y afirmaciones filosóficas, que presenta el mundo actual» (FR 63).

La filosofía y la teología se ayudan mutuamente según una «relación de circularidad» que pone a la razón en la senda de la Verdad donde se abre a la Palabra de Dios. «La relación que ha de instaurarse oportunamente entre la teología y la filosofía debe estar marcada por la circularidad. Para la teología, el punto de partida y la fuente original debe ser siempre la palabra de Dios revelada en la historia, mientras que el objetivo final no puede ser otro que la inteligencia de ésta, profundizada progresivamente a través de las generaciones. Por otra parte, ya que la palabra de Dios es Verdad (cfr. Jn 17, 17), favorecerá su mejor comprensión la búsqueda humana de la verdad, o sea el filosofar, desarrollado en el respeto de sus propias leyes. No se trata simplemente de utilizar, en la reflexión teológica, uno u otro concepto o aspecto de un sistema filosófico, sino que es decisivo que la razón del creyente emplee sus capacidades de reflexión en la búsqueda de la verdad dentro de un proceso en el que, partiendo de la palabra de Dios, se esfuerza por alcanzar su mejor comprensión. Es claro además que, moviéndose entre estos dos polos —la palabra de Dios y su mejor conocimiento—, la razón está como alertada, y en cierto modo guiada, para evitar caminos que la podrían conducir fuera de la Verdad revelada y, en definitiva, fuera de la verdad pura y simple; más aún, es animada a explorar vías que por sí sola no habría siquiera sospechado poder recorrer. De esta relación de circularidad con la palabra de Dios la filosofía sale enriquecida, porque la razón descubre nuevos e inesperados horizontes» (FR 73).

3. TEOLOGÍA Y VIDA ESPIRITUAL

De la misma definición de teología brota su relación con la vida espiritual. El estudio, planteado al margen de la vida espiritual, no forma teólogos verdaderos, y menos aún testigos auténticos de Cristo. Por eso, sostiene el Papa, «la formación espiritual —basada y enraizada en la fe viva, en la esperanza firme y en la caridad activa— debe ser la primera meta de las diferentes etapas de la vida» de los Centros teológicos²⁴.

Los estudiantes y los profesores que se dedican a profundizar en las ciencias sagradas son, por excelencia, los buscadores de la Verdad, los escaladores de esa, no siempre fácil pero apasionante, montaña que es la verdad²⁵. Ahora bien,

24. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Urbaniana* (19.X.1980), 2.

25. JUAN PABLO II, *Homilla* (15.X.1979), 1.

«el estudiante de las Facultades eclesiásticas no tiene que vérselas con una verdad impersonal y fría —afirma el Santo Padre—, sino con el Yo mismo de Dios, que en la Revelación se ha hecho «Tú» para el hombre y ha abierto con él un diálogo, en el que le manifiesta algún aspecto de la insosable riqueza de su ser»²⁶.

Por eso, para el teólogo las palabras que Cristo dirige a sus discípulos *permaneced en mí* (Jn 15, 4), tienen una especial resonancia. «¿Qué significa para vosotros, para unos y otros, “permanecer en Cristo como el sarmiento permanece en la vid”? ¿Qué significa “dar fruto lo mismo que el sarmiento que permanece en la vid”? ¿Acaso no se refiere a toda vuestra existencia que debe dejarse traspasar cada vez más de la savia permanente de Cristo, para poderse abrir a la revelación de sus misterios? Vivir la unión con Cristo mediante la fe activa en el amor es la condición ineludible para progresar en el conocimiento de la Verdad de Dios, que en el Verbo encarnado ha salido al encuentro de nuestra hambre de respuestas»²⁷.

¿Con qué actitud se debe, en consecuencia, afrontar el quehacer teológico? En cuatro palabras se podría sintetizar la respuesta del Papa a esta pregunta: gratitud, fe, humildad y oración. Aspectos todos que hacen de la teología una reflexión *sapiencial* sobre la fe.

Ante todo, el teólogo debe estar profundamente agradecido a Dios que ha salido al encuentro del hombre para hablar con él en su mismo lenguaje; agradecido a Dios que lo ha llamado a profundizar en su inefable misterio, la insondable riqueza de Cristo. Así lo recordó Juan Pablo II en la primera celebración eucarística que presidió como Pontífice para inaugurar el Año académico: «¿Cómo no ser agradecidos cuando Dios infinito se ha abajado a hablar al hombre en su misma lengua humana? Él, que *ya había hablado en los tiempos antiguos muchas veces y de muchas maneras a nuestros padres por medio de los profetas, ahora en esta etapa final nos ha hablado por medio del Hijo* (Heb 1, 1-2). ¿Cómo no ser agradecidos cuando, de esa manera, la lengua humana y el pensamiento humano han sido visitados por la Palabra de Dios y por la Verdad divina, y han sido llamados a participar en ella, a dar testimonio de ella, e incluso, a explicarla y profundizar en ella de manera acomodada a las posibilidades y exigencias del conocimiento humano? En esto consiste justamente la teología. Ésta es precisamente la vocación del teólogo»²⁸.

En segundo lugar, el teólogo ha de ser persona de fe profunda. La teología nace de la fe y está a su servicio. Por eso, sin fe la teología se hace estéril.

26. *Ibid.*, 1.

27. JUAN PABLO II, *Homilía* (23.X.1981), 2.

28. JUAN PABLO II, *Homilía* (15.X.1979), 2.

Con vigor llama el Papa la atención sobre este punto. «Reflexionemos —afirma el Santo Padre—. La Revelación consiste en la iniciativa de Dios que ha salido personalmente al encuentro del hombre para abrir con él un diálogo de salvación. Es Dios quien inicia el diálogo y es Dios quien lo hace progresar. El hombre escucha y responde. La respuesta, no obstante, que Dios espera del hombre, no se reduce a una fría valoración intelectualista de un contenido abstracto de ideas. Dios sale al encuentro del hombre y le habla porque lo ama y quiere salvarlo. La respuesta del hombre debe ser en consecuencia, ante todo, aceptación reconocedora de la iniciativa divina y confiado abandono a la fuerza preveniente de su amor. Entrar en diálogo con Dios significa dejarse seducir y conquistar por la figura luminosa (*doxa*) de Jesús revelador por el amor (*ágapé*) del que lo ha enviado. En esto consiste justamente la fe. En ella el hombre, interiormente iluminado y atraído por Dios, trasciende los límites del conocimiento puramente natural y hace una experiencia de Él, que de otra forma le habría estado cerrada. Ha dicho Jesús: *Ninguno puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado* (Jn 6, 44). “Ninguno”, tampoco el teólogo»²⁹.

La fe del teólogo debe ser una fe íntegra, es decir, viva y concreta. En ella ha de quedar implicada, no sólo su inteligencia, sino también su corazón, esto es, toda su persona. Así entendida la fe es el requisito fundamental para comprender. Así lo recuerda el Papa recuperando el testimonio de grandes doctores de la Iglesia como San Agustín o Santo Tomás de Aquino. «Sólo la obediencia de la fe —afirma el Santo Padre— con la que el hombre se abandona todo entero a Dios en plena libertad, puede introducir en la comprensión profunda y sabrosa de las verdades divinas»³⁰.

En tercer lugar, inseparable de la fe es la *humildad*. Característica de todo hombre de ciencia, la humildad debe serlo con mayor razón del teólogo. En su progresiva elevación hacia la verdad, el teólogo descubre cada vez con más claridad la inadecuación de sus categorías de pensamiento y la pobreza de su lenguaje para expresar la sublime realidad del Misterio de Dios y de la salvación. «Es tan débil nuestra inteligencia, tan limitada la experiencia, tan breve la vida, que cuanto se alcanza a decir de Dios tiene más la apariencia de un balbuceo infantil que no la dignidad de un discurso exhaustivo y concluyente. Conocidas son las palabras con las que Agustín confesaba su temblor al disponerse para hablar de los misterios divinos: “Suscepi enim tractanda divina homo, spiritalia carnalis, aeterna mortalis”... Éste es el convencimiento de base con que el teólogo debe entregarse a su trabajo: debe recordar siempre que, por mu-

29. *Ibid.*, 3.

30. *Ibid.*, 3.

cho que pueda decir sobre Dios, se tratará siempre de palabras de un hombre, y, por tanto, de un pequeño ser finito, que se ha aventurado en la exploración del misterio insondable del Dios infinito»³¹.

La fe y la humildad constituyen el *humus* de la oración, cuarta de las dimensiones que configuran al teólogo, según la enseñanza de Juan Pablo II. En el texto varias veces citado de *Ecclesia in Europa* el Papa *ha vuelto* a pedir a los teólogos que unan siempre investigación científica y oración. «Ha vuelto» porque, en rigor, ésta ha sido una invitación a los teólogos constante e ininterrumpida desde el comienzo mismo de su Pontificado. «Un componente esencial del quehacer teológico se debe reconocer en la dedicación a la oración: sólo una oración humilde y asidua puede impetrar la efusión de esas luces interiores que guían la mente al descubrimiento de la verdad... Un auténtico quehacer teológico —dice el Santo Padre— no puede ni comenzar ni concluirse si no de rodillas, al menos en lo escondido de la celda interior, donde es posible *adorar al Padre en espíritu y en verdad* (Jn 4, 23)»³².

En la enseñanza del Papa la oración para el teólogo no debe ser simplemente una actividad junto a otras, sino el caldo de cultivo donde se ejerce la teología. «En la investigación teológica adquiere importancia fundamental la oración, entendida como práctica diaria y como espíritu de fe y de contemplación que debe convertirse en un estado habitual de la vida del estudioso cristiano. Éste es el punto: la verdad del Señor se estudia postrados; se enseña y se predica en la expansión del alma que la cree, la ama y la vive»³³.

El verdadero teólogo es, por tanto, no sólo el que habla de Dios, sino ante todo el que habla con Él. Hablará de Él tanto mejor, cuanto más frecuente sea su coloquio con Él. Recuerda el Papa en este sentido el testimonio de santos doctores, como San Alberto Magno, que afirmaba: «oratione et devotione plus acquiritur quam studio»³⁴; o como San Buenaventura, de quien toma unas palabras para su Exhortación *Pastores dabo vobis*: «Nadie crea que le baste la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin el asombro, la observación sin el júbilo, la actividad sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, la investigación sin la sabiduría de la inspiración sobrenatural»³⁵. El teólogo, si quiere alcanzar

31. *Ibid.*, 2.

32. *Ibid.*, 4.

33. JUAN PABLO II, *Homilía* (21.X.1980), 4.

34. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* Prol.; JUAN PABLO II, *Homilía* (21.X.1980), 4.

35. *Itinerarium mentis in Deum*, Prol., n. 4: *Opera omnia*, V, Ad Claras Aquas 1891, 296; cfr. PDV 53.

plenamente su meta, deberá cultivar intensamente la vida espiritual. Y es que, el conocimiento de los misterios divinos no es conquista del esfuerzo humano, sino más bien «don que Dios hace a los humildes y a los creyentes»³⁶. Así lo recordaba a los profesores de los Centros Eclesiásticos de Estudios: «se puede afirmar que a vosotros, profesores de las Facultades y Universidades Eclesiásticas, se exige una sabiduría que viene de lo alto, una sabiduría que se adquiere mediante la adoración, la contemplación, la incesante invocación del Espíritu Santo. Esta sabiduría será la que transforme día a día vuestra tarea en testimonio vivo. Los jóvenes no sólo os escuchan, sino que también os miran. Más aún, se podría decir que mientras os escuchan, os escrutan para percibir si vivís las verdades —los misterios divinos— que enseñáis»³⁷.

Vivir en íntima unión con Cristo es la condición ineludible para avanzar en el conocimiento de la verdad de Dios. Sólo la docilidad al Espíritu de la Verdad puede llevar al hombre a un conocimiento cada vez más perfecto de la Verdad suprema para el servicio de la Iglesia en el mundo³⁸. Ilustrativas en este punto son las consideraciones de Santo Tomás de Aquino sobre el papel que el Espíritu Santo realiza haciendo madurar en sabiduría la ciencia humana. El Papa las recuerda en la Encíclica *Fides et Ratio* (n. 44). La sabiduría conoce por connaturalidad, presupone la fe y formula su recto juicio a partir de la verdad de la fe misma: «La sabiduría —afirma el Aquinate—, don del Espíritu Santo, difiere de la que es virtud intelectual adquirida. Pues ésta se adquiere con esfuerzo humano, y aquélla viene de arriba, como Santiago dice (cfr. St 1,1). De la misma manera difiere también de la fe, porque la fe asiente a la verdad divina por sí misma; mas el juicio conforme con la verdad divina pertenece al don de la sabiduría»³⁹. La docilidad al Espíritu Santo hace de la teología reflexión sapiencial.

Hablando de la vida religiosa en la Exhortación Apostólica *Vita consecrata* (= VC, 25.III.1996) el Papa recuerda la necesidad del silencio para acoger la llamada a la santidad; silencio y llamada necesarios también para el teólogo: «La llamada a la santidad es acogida y puede ser cultivada sólo en el silencio de la adoración ante la infinita trascendencia de Dios: “Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio cargado de presencia adorada: la teología, para poder valorizar plenamente su propia alma sapiencial y espiritual; la oración, para que no se olvide nunca de que ver a Dios significa bajar del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo

36. JUAN PABLO II, *Discurso al Pontificio Ateneo San Anselmo* (1.VI.1986), 4.

37. JUAN PABLO II, *Homilia* (24.X.1986), 8.

38. Cfr. JUAN PABLO II, *Homilia* (24.X.1983).

39. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* II, II, 45, 1 ad 2.

(cfr. Ex 34, 33) (...); el compromiso, para renunciar a encerrarse en una lucha sin amor y perdón⁴⁰».

¿Quiénes son los que han alcanzado esta sabiduría de lo alto en la que teología y vida espiritual se armonizan? El Papa no duda en responder: los santos. De ahí que sea éste también el camino para el teólogo; el único camino capaz de hacer fecundo su trabajo. En la proclamación de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia, Juan Pablo II destacó precisamente esta armonía: «Su enseñanza no sólo es acorde con la Escritura y la fe católica, sino que también resalta por la profundidad y la síntesis sapiencial lograda. Su doctrina es, a la vez, una profesión de la fe de la Iglesia, una experiencia del misterio cristiano y un camino hacia la santidad. Teresa ofrece una síntesis madura de la espiritualidad cristiana: una la teología y la vida espiritual, se expresa con vigor y autoridad, con gran capacidad de persuasión y de comunicación, como lo demuestra la aceptación y la difusión de su mensaje en el pueblo de Dios. La enseñanza de Teresa manifiesta con coherencia y une en un conjunto armonioso los dogmas de la fe cristiana como doctrina de verdad y experiencia de vida»⁴¹.

4. TEOLOGÍA Y EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Finalmente, en la enseñanza del Papa relacionada con el quehacer teológico, se repite a modo de constante la afirmación del estrecho vínculo que existe entre cultivo de la teología y edificación de la Iglesia. El Santo Padre no se ha cansado de repetir en sus exhortaciones a los diferentes Centros Académicos eclesiásticos, que el esfuerzo docente de estos Centros ha de mantener su orientación misionera originaria, consistente en *hacer crecer la Iglesia*. Así lo afirma: «(los Centros Académicos Eclesiásticos) deben ser lugar y tiempo de experiencia eclesial, es decir, lugar y tiempo en que los alumnos son formados para comprender, asimilar y vivir el misterio de la Iglesia, de la Iglesia que ellos deberán edificar allá donde sean enviados»⁴². Lo cual implica una singular responsabilidad para los profesores de estos Centros: «En la construcción de la Iglesia —dice al Papa a los profesores— tienen un papel de particular importancia, porque son los formadores de los que mañana ocuparán puestos cualificados en esa misma construcción»⁴³. El Papa es consciente, por propia experiencia, de las di-

40. Cfr. Carta Apost. *Oriente lumen* (2.V.1995), 16.

41. JUAN PABLO II, Carta Apost. *Divini amoris scientia* (19.X.1997), 7.

42. JUAN PABLO II, *Homilía* (24.X.1986), 5.

43. *Ibid.*, 6.

ficultades que entraña esta tarea, por ello dirige palabras de aliento a los profesores, diciéndoles: «permitidme deciros ... que la Iglesia os mira con confianza y esperanza, pidiéndoos una sincera colaboración. Sé por experiencia qué difícil y delicada es vuestra vocación. A veces se puede presentar árida y fatigosa. Estad, sin embargo, seguros de que colaboráis a la edificación de la Iglesia de una forma muy significativa e incisiva. Esta convicción y el entusiasmo por virarla todos los días os vendrá sobre todo de la unión personal con Cristo»⁴⁴.

Para que el trabajo de investigación y de enseñanza contribuya eficazmente a la edificación de la Iglesia, el teólogo deberá tener en cuenta, al menos, dos principios reiterados por el Santo Padre. En primer lugar, los que cultivan las disciplinas teológicas habrán de amar el pasado de la Iglesia, sentirán la urgencia de estudiar en profundidad su historia y de explorar las riquezas de la Tradición. Han de saber los teólogos que la Tradición no es un objeto de museo, sino una realidad viva. Romper con la Tradición y pretender comenzar de cero, es privar a la teología de su sentido eclesial y misionero. Por eso afirma el Papa: el teólogo que desea ofrecer una respuesta auténticamente cristiana a las preguntas de sus contemporáneos, no podrá no sacarla de esta fuente (la Tradición)⁴⁵. En segundo lugar, el teólogo, en su fidelidad a la Tradición, debe estar abierto a los «signos de los tiempos». Lo cual no significa que la Iglesia debe someterse servilmente al paso de las modas, sino que debe escuchar siempre *lo que el Espíritu dice a las iglesias* (Ap 2,7). Sólo en la fidelidad al pasado y en la apertura a los signos de los tiempos, descifrados a la luz del evangelio, el teólogo podrá contribuir eficazmente a la edificación de la Iglesia de Cristo.

5. CONCLUSIÓN

Sirvan como conclusión y síntesis de todo lo dicho las palabras mismas que el Papa dirigió a profesores y alumnos en su primera visita como pontífice a la Universidad Gregoriana: «Crezca en vosotros, con el estudio, la pasión por Cristo, de tal manera que vuestra enseñanza pueda transmitir a los jóvenes una experiencia viva de Él: efectivamente no se puede olvidar que la finalidad fundamental de vuestra fatiga es la de “formar” cristianos (...) capaces de dar mañana una aportación válida a la acción pastoral con el testimonio de la palabra y sobre todo de la vida. Queridos profesores, el Papa, que ha sido también él un hombre de estudio y de Universidad, comprende muy bien las dificultades

44. *Ibid.*, 6.

45. JUAN PABLO II, *Homilla* (15.X.1979), 5.

de vuestro trabajo, el peso gravoso que comporta, las asperezas que se oponen a vuestra entrega y a vuestro ideal. No os dejéis desanimar por las tensiones cotidianas. Sabed ser creativos cada día»⁴⁶. Y después de exhortarlos a una actividad creadora, dentro de un auténtico progreso en el conocimiento y en la comprensión de la verdad divina, añade: «Necesitaréis, precisamente por esto, equilibrio interior, firmeza de la mente y del espíritu y, sobre todo, una profunda humildad de corazón, que os haga discípulos atentos de la verdad...»⁴⁷.

José Rico
Instituto Teológico de S. Ildefonso
TOLEDO

46. JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Universidad Gregoriana* (15.XII.1979), 9.

47. *Ibid.*, 9.

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.